

## ¿POR QUÉ ES RELIGIOSO EL HOMBRE?

### Lectura 3

### SOBRE LA PROFUNDIDAD

*Paul Tillich*

Las palabras "profundo" y "profundidad" son usadas en nuestra vida diaria, en poesía y en filosofía, en la Biblia y en otros escritos religiosos, para poner de manifiesto una actitud religiosa, aun cuando procedan, de suyo, de una experiencia espacial. Profundidad es una dimensión del espacio, pero a la vez es símbolo de una realidad espiritual. La mayoría de nuestros símbolos religiosos observan este carácter; nos recuerdan nuestra finitud y nuestra sujeción a las cosas visibles. Somos y seguimos siendo seres sujetos a los sentidos, aun cuando tratemos de temas espirituales. Y sin embargo existe, por otra parte, una gran sabiduría en nuestro lenguaje. En él se encierran innumerables experiencias del pretérito. No es por acaso el que usemos una serie determinada de símbolos, tomados del mundo visible, y no otros. Por eso es muchas veces aconsejable investigar las raíces por las que lo inconsciente de generaciones pretéritas se guió en la elección de los símbolos. Puede tener para nosotros significado decisivo el que reconozcamos las perspectivas que se encierran en los conceptos de "profundo" y de "profundidad". Puede darnos el empuje para luchar por nuestra profundidad propia.

Cuando la empleamos en el sentido espiritual, la palabra "profundo" posee dos significados. Significa o lo contrario de "superficial" o lo contrario de "alto". La verdad no es superficial, es profunda. El sufrimiento es profundidad, no altura. La luz de la verdad y la oscuridad del sufrimiento son, las dos, profundas. Existe una profundidad en Dios, y existe otra profundidad desde la que el salmista grita a Dios. ¿Por qué la verdad es profunda? ¿Y por qué el mismo símbolo espacial se emplea para ambas experiencias? En torno a estas preguntas girarán nuestras reflexiones.

Todas las cosas visibles tienen una superficie. La superficie es aquel aspecto de las cosas que se nos manifiesta en primer lugar. Cuando miramos hacia ellas, conocemos lo que las cosas parecen ser. Sin embargo, cuando regulamos nuestra actuación por lo que las cosas o los hombres *parecen* ser, nos equivocamos. Nuestras esperanzas se frustran. Y entonces intentamos penetrar bajo la superficie, para conocer las cosas tal como son en realidad. ¿Por qué los hombres han preguntado siempre por la verdad? Porque quedaron decepcionados de la superficie y porque conocieron que la verdad que no nos engaña, se esconde bajo el aspecto exterior, en lo hondo de la profundidad. Y por eso el hombre ha ido perforando estratos o sectores, uno tras otro. Lo que un día se manifestaba como verdadero, al día siguiente se evidenciaba sólo como aspecto externo. En todo encuentro con una persona recibimos una impresión de ella. Pero si nos guiamos por esa impresión, su comportamiento real nos llama muchas veces a engaño. Penetramos, entonces, en un estrato más profundo de su ser, y quedamos así, por algún tiempo, menos expuestos al desengaño. Pero esa persona puede luego hacer algo que contradiga todo lo que esperábamos, y observamos que todo lo que de ella conocíamos hasta el presente, no era sino superficie. Y volvemos a penetrar en su verdadera esencia.

De este modo ha procedido la ciencia. Somete a examen las concepciones normales, aquello que todos - tanto el laico en la materia, como el letrado medio- tienen por verdadero. Llegan entonces un genio, y pregunta por la raíz de todas estas suposiciones, y, si se evidencian como no-verdaderas, tiene lugar en la ciencia un terremoto que irrumpe desde la profundidad. Uno de estos terremotos conmovió al mundo cuando Copérnico planteó la pregunta de si lo que percibimos por los sentidos pudiera ser fundamento de la astronomía; o cuando Einstein puso en tela de juicio que se diera un punto absoluto desde el que un observador pudiera mirar el movimiento de las cosas. Un terremoto se produjo cuando Marx planteó la cuestión de si la historia del espíritu y la ética fueran independientes de sus fundamentos sociales. Se produjo con suma violencia cuando los primeros filósofos investigaron lo que, desde los tiempos en que el pensamiento apareció en la tierra, todo hombre había tenido por evidente: el ser mismo. Cuando fueron conscientes del hecho sorprendente y universalmente radical de que lo algo es, y la nada no es, se hubo alcanzado una última profundidad del pensamiento.

La profundidad del pensamiento forma parte de la profundidad de la vida. En nuestra vida, la mayoría de las cosas se mueve en la superficie. Estamos rodeados de la rutina que domina nuestra vida cotidiana, en el trabajo, las diversiones, la profesión y los esparcimientos. Estamos expuestos a incontables azares; buenos y malos. Más que mover, somos movidos. No hacemos una escala para mirar hacia arriba, por encima de nosotros, o hacia la profundidad bajo nosotros. Marchamos siempre hacia adelante; pero la mayoría de las veces en un círculo, que a la postre nos devuelve al mismo lugar del que habíamos salido. Estamos en

movimiento continuo, y nunca hacemos alto para penetrar en la profundidad. Hablamos y hablamos, y nunca escuchamos aquella voz de nuestra profundidad que habla a nuestra profundidad. Nos afirmamos tal como nos vemos, y no nos preocupamos más de lo que seamos en realidad. Azuzados y acosados, laceramos nuestra alma con la prisa con que nos movemos hacia la superficie, y al llegar allí nos lanzamos a correr, dejándola maltratada y solitaria. Esa es la traición a nuestra profundidad y a nuestra verdadera vida. Y sólo cuando se cuartee la imagen que de nosotros tenemos; sólo cuando nos sorprendamos en acciones que contradigan todo lo que de esta imagen se esperaba; sólo cuando un terremoto conmueva y haga saltar la superficie del modo como nos conocemos; sólo entonces nos encontraremos dispuestos a mirar hacia un más profundo estrato de nuestro ser.

A la luz de estos grandes y audaces pasos hacia la profundidad de nuestro mundo, habríamos de reflexionar sobre nosotros mismos y sobre aquéllas de nuestras concepciones que tenemos por evidentes. Y habríamos de reconocer lo que en ellas se encierra de prejuicios derivados de nuestras inclinaciones personales y del medio ambiente de nuestra sociedad. Habría de aterrarnos lo poco que en el mundo de nuestro espíritu profundiza más que la mera superficie, y lo lejos que estamos de poder soportar una dura crítica. Una grave tragedia se cierne, en todos los tiempos, sobre la vida del espíritu humano: profundas y poderosas verdades, que cierto día descubrieron los grandes genios con padecer profundo e indecibles fatigas, se convierten en banales y superficiales cuando se las traduce al plano de la discusión cotidiana. ¿Por qué acontece esta tragedia? Lo inevitable de ella se debe a que no puede darse ninguna profundidad sin que se dé el camino que conduce a esa profundidad. La verdad está muerta si no existe el camino hacia la verdad; sin éste, la verdad conduce sólo a la superficie de las cosas. Mirad al estudioso que ha devorado los cien libros más significativos de la historia universal, cuya vida espiritual sigue siendo, sin embargo, tan rasa y superficial como lo era antes, o quizá más todavía. Y mirad también un trabajador inculto, que día a día efectúa un trabajo mecánico, hasta que en un momento dado se plantea la pregunta: "¿qué sentido tiene el trabajo que hago?, ¿qué *significa* para mi vida?". Al plantearse tales preguntas, este hombre se encuentra en camino hacia la profundidad, mientras que el otro -el estudioso- sigue viviendo en la superficie, entre los cuerpos petrificados que un terremoto espiritual del pretérito hizo aflorar desde la profundidad. El trabajador sencillo puede aprehender la verdad, aun cuando no pueda responder a sus preguntas; el letrado jamás podrá llegar a la posesión de la verdad, a pesar de que haya recogido todas las verdades del pasado.

La sabiduría de todos los tiempos y todos los lugares de la tierra nos habla sobre el camino hacia nuestra profundidad. Camino que ha sido descrito de mil maneras diversas. Pero todos quienes se han esforzado en andarlo, místicos y sacerdotes, poetas y filósofos, letrados e iletrados, todos los que lo han recorrido -bien sea mediante la confesión, examen en soledad, por catástrofes internas o externas, plegarias o hundimientos-- todos han dado testimonio de la misma experiencia.

Experimentaron que nada correspondía a la imagen que de sí mismos tenían, aun cuando habían penetrado en un estrato más profundo bajo la engañosa superficie. Aquel estrato más profundo se convertía en superficie en el momento en que otro más profundo aún era descubierto. Lo mismo iba ocurriendo siempre, durante toda su vida, durante todo el tiempo en que se movieron por el camino hacia la profundidad.

Hoy día se ha impuesto una forma nueva de este método, la "psicología profunda". Nos retira de la superficie de nuestro propio conocimiento, para llevarnos a otros estratos en que se desarrollan cosas de las que nada sabemos en el estrato superficial de nuestra conciencia. Nos muestra rasgos fundamentales que contradicen todo lo que creíamos saber de nosotros. Puede servirnos de ayuda en el camino hacia nuestra profundidad, pero no puede ayudarnos hasta el final, porque no puede llevarnos hasta el más profundo fundamento de nuestro ser y del ser de todas las cosas, hasta la profundidad de la vida misma.

*El nombre de esta profundidad infinita y de este fundamento inexhausto de todo ser, es Dios. Esa profundidad es la que pensamos con la palabra Dios. Y si la palabra no posee para vosotros mucho significado, traducidla entonces, y hablad de la profundidad en vuestra vida, del origen de vuestro ser, de aquello que os atañe incondicionalmente, de aquello que tomáis en serio sin reserva alguna. Cuando hagáis esto, tendréis quizá que olvidar algunas de las cosas que aprendisteis sobre Dios; quizás, incluso, la palabra misma. Porque, cuando hayáis conocido que Dios significa profundidad, sabréis mucho de él. No podréis entonces llamaros ateos o increyentes, porque tampoco podréis ya decir ni pensar: "La vida no tiene profundidad, la vida es superficial, el ser mismo es sólo superficie". Sólo cuando podáis decir esto en toda su seriedad, seréis ateos; si no, no lo seréis. El que sabe de la profundidad, sabe también de Dios.*

Hemos reflexionado sobre la profundidad del mundo y de nuestra alma. Pero en el mundo existimos sólo en virtud de la comunidad de los hombres. Y sólo podemos descubrir nuestra alma mediante el espejo de quienes nos observan. No existe ninguna profundidad en la vida sin la profundidad de la vida en común. Por lo general, nuestra vida en la historia se mueve tan en la superficie como nuestra vida individual. Comprendemos nuestra existencia histórica según el modo como se nos presenta, pero no como en realidad es la corriente de las noticias de cada día, las oleadas de la propaganda diaria y la marea de las convenciones y sensaciones, tiene a nuestro tiempo espíritu apresado. El ruido de estas aguas de bajo fondo nos impide escuchar el tono de la profundidad, oír lo que acaece en el fundamento de nuestra estructura social. . No percibimos lo que acontece en los corazones anhelantes de las masas, ni en el espíritu ahincado de quienes tienen sensibilidad para la hora histórica. Nuestros oídos están tan sordos a los gritos del estrato profundo de la sociedad como al clamor de la profundidad de nuestra alma. Abandonamos en la soledad a las víctimas sangrientas de nuestro sistema social, desatendiendo su grito de auxilio en el barullo de la vida diaria; igual a como lo hacemos con nuestra alma atormentada. Creíamos una vez que, en una época de incontenible progreso, nuestra vida avanzaba hacia una humanidad mejor. Pero en lo profundo de nuestra estructura social se habían hecho fuertes los poderes de la destrucción. Pareció una vez como si la razón humana se hubiese sometido tanto a la naturaleza como a la historia. Pero eso era sólo superficie; y en el fondo de nuestra vida social había comenzado ya una rebelión contra la superficie. Íbamos produciendo instrumentos y medios cada vez mejores y más perfectos para la vida de la humanidad. Pero en la profundidad se habían convertido ya en instrumentos y medios para la destrucción del hombre. Decenios antes, el espíritu profético había ya mirado a esta profundidad. Los pintores expresaban su presentimiento de una catástrofe venidera, al quebrar en sus cuadros las formas de la superficie. Los poetas usaron de palabras y versos desacostumbrados, escandalosos, para caracterizar el contraste de la existencia tal como aparecía y como en realidad era. Junto a la psicología profunda nació una sociología profunda. Pero sólo actualmente, en este decenio de los más formidables terremotos sociales que jamás asolaron a la humanidad entera, los ojos de los pueblos se han abierto a la profundidad. Y, sin embargo, siguen existiendo personas -incluso con posiciones de poder- que apartan sus ojos de esta profundidad y desean retornar a la derruida superficie, cual si nada hubiera acaecido. Pero nosotros, los que conocemos la profundidad de lo ocurrido, no habríamos de aferrarnos al plano que hemos alcanzado. Pronto acabaríamos por desesperar y despreciarnos. Penetremos, por eso, cada vez más profundo en el fundamento de nuestra existencia histórica, en la profundidad última de la historia. El nombre de este fundamento infinito e inexhausto de la historia es Dios. Esto es lo que significa la palabra *Dios*, y a lo que hacen referencia las palabras de *reino de Dios* y *providencia divina*. Y si estas palabras no significan ya mucho para vosotros, traducídlas entonces, y hablad de la profundidad de la historia, del fundamento y objetivo de nuestra vida social, y de todo lo que tomáis en serio, sin reservas, en vuestra actuación política y moral. Quizás a esta profundidad deberíais llamarla esperanza -simplemente esperanza-. Porque si en el fondo de la historia encontráis esperanza, os estáis identificando con los grandes profetas que pudieron mirar la profundidad de su época. Sus contemporáneos no pudieron hacerlo, no podían soportar lo que los profetas veían en la profundidad. Pero los profetas tuvieron la fuerza de dirigir su vista a un estrato más profundo y encontrar en él la esperanza. No se avergonzaron de su esperanza. Cómo habríamos de avergonzarnos de una esperanza que no se creó de la superficie, en que a nosotros, locos, nos entretiene el espejuelo de otras esperanzas necias; una esperanza a la que encontramos en esa profundidad, en que con corazón tembloroso y vacilante se la experimenta como aquella esperanza que es la verdad.

Estas consideraciones nos llevan al otro significado que poseen las palabras "profundo" y "profundidad" en el lenguaje religioso y profano. Designan la profundidad del sufrimiento, única puerta hacia la profundidad de la verdad. Fácilmente se puede esto entender. Resulta cómodo vivir en la superficie mientras no sea ésta objeto de una conmoción. Pero es doloroso abandonarla y bajar a fundamentos desconocidos. La gigantesca resistencia de todo ser humano y las múltiples excusas que se aducen para escapar del camino hacia la profundidad, resultan totalmente naturales. La tortura de mirar hacia la propia profundidad es, para la mayoría de los hombres, insoportable. Prefieren retornar hacia la superficie sacudida y desértica de su vida y sus pensamientos anteriores. Lo mismo hay que decir de los grupos sociales, que echan mano a toda clase de ideologías y falsas razones para defenderse contra quienes pretenden llevarles por el camino que va hacia la profundidad de su existencia social. Tendrían por mejor tapar con pequeños remedios las hendiduras de la superficie, que no cavar hacia lo profundo. Los profetas de todos los tiempos pueden hablarnos de la resistencia encarnizada que excitaron, cuando se atrevieron a poner de manifiesto las profundidades de la crisis y exigencia social. Y quién podría soportar verdaderamente aquel fuego abrasador del hondo de todo ser, sin exclamar con el profeta: "Ay de mí; me consumo, porque mis ojos vieron al Señor de los ejércitos".

Nuestros intentos por evitar el camino que nos lleva a esa profundidad, resultan comprensibles. Uno de los métodos para dejarla de lado consiste en afirmar que las cosas profundas resultan excesivamente alambicadas como para que pueda entenderlas una inteligencia iletrada. Pero la característica de una auténtica profundidad es su sencillez. Si decís 'me resulta demasiado profundo, no alcanzo a comprenderlo', os estáis engañando a vosotros mismos. Porque habríais de saber que nada de lo que tiene auténtico significado resulta demasiado difícil de comprender a cualquier persona. No se elude la verdad porque sea demasiado difícil, sino porque es incómoda. No confundamos, pues, las cosas alambicadas con las cosas profundas de la vida. Ningún alambicamiento nos atañe incondicional y últimamente; y, por eso, es indiferente el que lo entendamos o no. Pero todo lo profundo ha de inquietarnos siempre, porque es para nosotros de significado infinito el que podamos aprehenderlo o no.

Existe, sin embargo, una objeción más seria, que suele usarse como disculpa, y obedece, también, al deseo de evadirse del camino hacia la profundidad. El lenguaje religioso emplea frecuentemente la palabra "profundidad" para designar las fuerzas malignas y los poderes demoníacos, la muerte y el infierno. ¿De verdad que no es el camino hacia la profundidad un camino hacia el dominio de estas fuerzas tenebrosas? ¿En el deseo de profundidad, no se encierran elementos enfermizos y de destrucción? Cuando, cierta vez, uno de mis amigos americanos expresó a un grupo de emigrantes alemanes su admiración por la profundidad alemana, nos preguntamos si merecíamos aceptar tal alabanza. ¿No era esta profundidad la base sobre la que crecieron las fuerzas demoníacas de la historia moderna? ¿No era aquella profundidad una profundidad enfermiza y destructiva? Quisiera responder estas preguntas con un antiguo y bello mito: cuando el alma abandona el cuerpo, ha de ir pasando a través de muchas regiones en que imperan fuerzas demoníacas, y sólo aquella alma que conoce la palabra justa y mágica, puede proseguir hasta la última profundidad de la raíz divina. Ningún alma puede salvarse de estas pruebas. Si observamos la lucha que los santos sostuvieron en todas las épocas -profetas, reformadores y grandes talentos creadores en todos los campos- reconoceremos la verdad de este mito. Todo hombre tiene que hacer frente a la profundidad de la vida. Que en ello exista un peligro, no vale como disculpa. El peligro ha de ser sorteado mediante el conocimiento de la palabra liberadora. Muchas de las personas del pueblo alemán, y de otros pueblos, desconocieron la palabra, y sucumbieron, por ello, a las fuerzas malignas de la profundidad, traicionando, así, a la profundidad salvadora, la definitiva profundidad.

No existe disculpa alguna para quien pretende dar de lado a la profundidad, a pesar de que el camino hacia ella sea camino del sufrimiento. Bien sea que el padecer nos venga del exterior, y lo aceptemos como camino hacia la profundidad, o bien lo escojamos voluntariamente como único camino hacia lo profundo de las cosas, trátase del camino de la humildad o de la sublevación... en todo caso, ese camino corre siempre a contrapelo de nuestra antigua forma de vivir y pensar. Esta es la razón por la que Isaías alaba al pueblo de Israel -al siervo de Dios- en la profundidad de su padecimiento; es la razón por la que Jesús llama bienaventurados a quienes, en la profundidad de la pesadumbre y de la persecución, del hambre y de la sed, padecen en su cuerpo y en su alma, y por lo que exige la renuncia a la vida para ganar precisamente la vida. Es, también, la razón por la que dos grandes revolucionarios, Thomas Münzer en el siglo XVI y Karl Marx en el XIX, expresaron de manera semejante el destino de aquellos hombres que se encuentran en el límite de la humanidad -en la profundidad del vacío, como decía Münzer, o en la profundidad de la deshumanización, como afirmaba Marx-, de aquellos hombres del proletariado que se llamaron portadores de un futuro salvador.

Y lo mismo que ocurre en nuestra vida, tiene lugar también en nuestro pensamiento. Visto desde la profundidad, todo parece andar cabeza abajo. Por eso a la religión y al cristianismo se les ha achacado tantas veces su carácter irracional y paradójico. De seguro, la necedad, la superstición y el fanatismo se han apoyado en ello; y, ciertamente también, la exigencia de sacrificar la razón es más demoníaca que divina, porque el hombre cesa de ser hombre cuando deja de ser racional. Y, sin embargo, es verdad que también a nuestro pensar se le exige la profundidad del sacrificio, del padecimiento y de la cruz. Cada paso hacia la profundidad del sacrificio, del padecimiento, es un retirarse de la superficie del pensamiento anterior. Cuando hombres como Pablo, Agustín y Lutero llevaron a cabo este retirarse, experimentaron el sufrimiento en tal medida que fue para ellos como la vivencia de muerte e infierno. Pero dieron el sí a este sufrimiento, sosteniéndolo como camino hacia la profundidad de Dios, camino del espíritu, camino hacia la verdad. Y aquella verdad, a la que salieron al encuentro, la expresaron en palabras de espíritu, en palabras que manifestaban todo lo contrario a un uso de razón superficial, es decir, en palabras, que concordaban con la profundidad de la razón, que es divina. El lenguaje paradójico de la religión descubre el camino hacia la verdad como camino de sufrimiento y sacrificio. Sólo para quien esté dispuesto a andar este camino, las paradojas de la religión romperán su sello.

Lo que, por fin, quisiera decir sobre el camino hacia la profundidad, hace referencia a una de estas paradojas. El final del camino hacia la profundidad es alegría. La alegría es más profunda que el sufrimiento; la alegría es algo último y definitivo. Quisiera expresar esto en frases de un hombre que se sumergió en una lucha apasionada por descubrir la profundidad de las fuerzas demoníacas, y no encontró la palabra para vencerlas. Friedrich Nietzsche escribe:

"Profundo es el mundo, más profundo que el día.  
Profundo es su lamento. El gozo, más profundo que el sufrir del corazón.  
¡Pasa!, dice el lamento.  
Todo gozo, empero, quiere eternidad,  
quiere profunda, profunda eternidad".

Alegría eterna es el final de todo camino hacia Dios. El mensaje de muchas religiones es que el reino de Cristo consiste en alegría y en paz. También es éste el mensaje del cristianismo. Pero la alegría eterna no la ganamos viviendo en la superficie. La alcanzamos si pasamos a través de la superficie, rompiéndola, y penetramos en los profundos estratos de nuestro yo, de nuestro mundo y de Dios. El instante en que alcancemos la profundidad última de nuestra vida, será el instante en que experimentemos la alegría que lleva en sí la eternidad, la esperanza que no puede ser destruida, y la verdad sobre la que se cimentan vida y muerte. Porque en la profundidad está la verdad, en la profundidad está la esperanza, y en la profundidad está la alegría.

(Tomado de *La dimensión profunda*, Bilbao, Ed. Desclee, 1970, pp. 107-122).



Materiales para uso académico de los  
estudiantes de la Unidad Académica de Filosofía  
de la Universidad Autónoma de Nayarit